

**PHOTIUS, Bibiliotèque, IX Tomes. Tome I-VIII texte
établi e traduit par René Henry. Tome IX Index par
Jacques Schamp.
ed. Les Belles Lettres, Paris, 1991.**

La Editorial Les Belles Lettres, validando una vez más el hecho de la cultura y la civilización griegas son una y la misma desde la época arcaica hasta la época bizantina, recientemente ha repuesto la **Biblioteca** de Photius en la serie giega de la C.U.F., agregando esta vez el volumen IX que contiene un Index. Esta es la única edición completa acompañada de traducción e Index que existe en la actualidad.

Reseñar esta obra sobrepasa en mucho la capacidad de un comentarista, debido a la magnitud, riqueza y variedad de los temas que trata. Por ello, nos limitaremos a hacer algunas consideraciones sobre el autor, la obra en general, la edición y traducción de René Henry, el índice de Jacques Schamp.

Es muy poco lo que sabemos respecto a Photius: nació posiblemente alrededor de los años 820-827; era de familia noble; fue patriarca en el 858 -con el apoyo de Bardas- después de la destitución de Ignacio; depuesto y desterrado el 867 por Basilio I, quien posteriormente lo hizo regresar del exilio en una fecha que se desconoce; entre su retorno y la muerte del patriarca Ignacio, fue preceptor de los hijos del emperador; patriarca nuevamente en el 877, después de la muerte de Ignacio; es destituido por segunda vez en la época de León VI; antes de su patriarcado ejerció varios cargos oficiales, entre ellos se habla de una supuesta embajada al oriente; considerado el responsable del cisma entre oriente y occidente, muere en desgracia en el exilio en una fecha que se ignora.

En cuanto a su vida intelectual y a cómo y dónde adquirió sus vastos conocimientos, casi no tenemos información. No obstante, se sabe de algún famoso discípulo suyo y se le reconoce como uno de los artífices del renacimiento de su época, la cual se caracterizó por una ardorosa vuelta a los estudios antiguos y por la proliferación de las transcripciones de las obras griegas.

Hasta ahora habían aparecido dos ediciones de la **Biblioteca**: la de Hoeschel, en base a los manuscritos tardíos, y la de Bekker, establecida según la tradición

manuscrita. Ejemplares, por cierto, que constituyen verdaderas rarezas.

La presente edición, declara René Henry, es más fiel que el texto de Bekker al manuscrito *Marcianus A* y más completa, puesto que también ha utilizado como fuente el manuscrito *Marcianus M* que Hoeschel y Bekker conocían solamente por copias de época tardía. Los valores del manuscrito *A*, según Martini, son su antigüedad (ubicado a un siglo de Photius) y el trabajo escrupuloso realizado por el copista. En tanto que el manuscrito *M* es una tradición alterada que se originó gracias a la intervención de un corrector: el conocido Aréthas, alumno de Photius.

René Henry siguió el texto del manuscrito *A*, como así mismo las correcciones del copista, y recurrió al manuscrito *M* sólo en los puntos donde se presentaba una lectura diferente. Del mismo modo, acudió a autores que se conservan en la tradición directa cuando los dos manuscritos no lograban que un texto fuera utilizable. Trató en lo posible de evitar las conjeturas y usó las de sus predecesores con mucha cautela. Por otra parte, el hecho de que sólo existan dos manuscritos ha simplificado enormemente el aparato crítico. Sin embargo, al llegar a las notas exegéticas queda de manifiesto un gran problema: "Un comentario de la *Biblioteca* no es posible en los marcos de una edición, excede las fuerzas de un solo hombre que no puede ser especialista en alrededor de trescientos textos que Photius ha tratado" (Introd. p. XLV).

Henry mantuvo de Bekker el orden de los capítulos, la compaginación y numeración de las líneas, como también líneas o trozos de líneas suplementarias, y llamadas de atención en los pasajes donde en el texto original se han introducido agregados de los correctores.

Por su parte, Jacques Schamp nos advierte que el objetivo de su *Index* no es establecer ni un léxico ni una concordancia, sino facilitar el uso sistemático de la *Biblioteca* editada por Henry. En este tomo IX, después del *Indice General* de los ocho volúmenes y de la bibliografía, encontraremos:

1. un índice de nombres propios de personajes,
2. un índice de vocablos geográficos,
3. un índice de *varia potiora*,
4. una lista de obras profanas citadas,
5. una lista de las obras patrísticas citadas,
6. una lista de citas o alusiones a pasajes de obras profanas,
7. un índice de transcripción gráfica,
8. una lista de citas o alusiones a pasajes de obras de la literatura patrística,
9. una lista de vocablos o locuciones relevantes.

Entre los valiosos aportes que Schamp ha hecho a esta edición, quisiéramos destacar algunos:

En el índice de nombres de personajes ha completado, corregido -en muy pocos casos- y precisado información acerca de la identidad y el *cursum* de muchos personajes, incluso de aquellos que estaban en discusión.

También se preocupó de determinar la especialidad de cada escritor nombrando por Photius, esto es: filósofo, historiador, poeta, orador, sofista, etc.

Cuando se vio enfrentado al inevitable problema de los homónimos, primero los clasificó por orden cronológico y después, para que no hubiera confusión posible a lo largo del índice, puso a cada uno un número distinto (Cirilo 2 = Cirilo de Alejandría).

Puesto que la Biblioteca se consulta respecto a muchos temas: literatura, historia, gramática, medicina, historia eclesiástica, derecho canónico, teología, etc., elaboró un índice de vocablos geográficos para que los diferentes especialistas pudieran sacar provecho de sus consultas, incluso sobre aspectos de detalle. El índice de *varia potiora*, por su parte, está destinado a historiadores de las instituciones o de las ciencias, a zoólogos, mineralogistas, etc.

Decidió marcar con un asterisco los títulos de los libros que se supone fueron efectivamente leídos por Photius, para diferenciarlos de aquellos títulos que este último nombró porque aparecían mencionados en las fuentes que se dio el trabajo de inventariar.

Seleccionó términos y expresiones raras que le parecieron importantes y los incluyó en el último índice, sin pretender abarcar, ciertamente, todo el léxico de la Biblioteca.

En cuanto a la obra misma, sabemos que la Biblioteca está compuesta por 280 códices que incluyen a los más diversos autores desde la época de Heródoto a la del patriarca Nicéforo. Abarca, por consiguiente, todos los géneros en prosa utilizados por los antiguos, y se refiere indistintamente a obras profanas y cristianas.

Estos códices son muy variados en cuanto a extensión y a contenido, en ellos podemos encontrar desde la simple mención del nombre de autor con un título hasta el minucioso análisis de una obra. También contienen datos de historia literaria o juicios sobre el valor de un escrito, ya sea en relación a la forma o al fondo.

Por lo general, el códice es toda la información que queda de un libro que Photius leyó, aunque en algunos casos además sintetiza lo que podríamos saber de un autor a través de otras fuentes. En todo caso, el conjunto constituye una importante tradición indirecta, y sus juicios son del mayor interés.

René Henry plantea algunas interrogantes que dichos juicios de Photius han suscitado. Una de ellas es si las opiniones vertidas en la Biblioteca son propias o han sido copiadas a críticos anteriores. En relación a este problema, E. Orth ha llegado a demostrar que la crítica de Photius es independiente de las opiniones emitidas antes de él. En cuanto a los juicios de estilo, se discute la relación de

nuestro autor con la retórica antigua. Esto es, si como crítico se basaba en la teoría estoica de los tres caracteres del estilo, en el sistema de Teofrasto basado en un "estilo ideal" (que podía tener distintas formas), o en la doctrina de las siete formas de Hermógenes de Tarso que en ese tiempo había llegado a ser la base de la crítica literaria. Frente a este planteamiento, tenemos el testimonio de René Henry quien, después de un minucioso estudio del vocabulario y del estilo de Photius, afirma que éste en sus críticas no se sirvió únicamente del método y de la terminología hermogeneana, sino que le eran igualmente conocidas las teorías más antiguas del estilo y del vocabulario (Introd. pp. XXII-XXIII).

La otra dificultad que naturalmente surge al consultar la *Biblioteca* es la de las fuentes de donde Photius sacó la información sobre los libros que leyó y sobre sus autores. Es evidente que no puede haber encontrado todo el saber en el texto mismo, y que debió recurrir a una o varias obras de consulta. Según René Henry existe la hipótesis de que Photius se habría documentado en un solo libro: el *Onomatólogos* de Hesychius de Mileto que Suidas, por su parte, utilizó muchísimo en sus comentarios. Pero, como bien dice Henry, para zanjar esta discusión habría que confrontar a Photius con Suidas. Ahora bien, la opinión de Ziegler es que debe haber utilizado las notas biográficas contenidas en algunos manuscritos, como también debe haber recurrido a obras especializadas, sobre todo en sus referencias a los oradores áticos.

Hay otro hecho que importa destacar: al traducir la *Biblioteca* Henry detectó que en algunos códices cambia el estilo de Photius y a veces inclusive su vocabulario. Detectó, por ejemplo, muchos *ionismos* en el compendio de Ctésias (código 72) y en las noticias sobre Arriano (códigos 91-93), sin embargo estos *ionismos* desaparecen en las reflexiones personales que añade a estos mismos resúmenes. No obstante, autores como Bidez y Bonnwetsch han recalcado la habilidad con que Photius se apodera del estilo de sus fuentes de información "sin copiarlas jamás". y Goossens, que ha comparado la *Biblioteca* con otras fuentes, afirma que "jamás Photius fue acusado de un error grave en sus resúmenes". Otro ejemplo, que según Henry prueba la fidelidad de Photius a sus modelos, es que en el código dedicado a la *crestomatía* de Proclo, en el momento de sintetizar las teorías de ese autor sobre el estilo, utiliza un vocabulario técnico cuyos términos no figuran en otras partes de la *Biblioteca* donde se ha referido a crítica de estilo, y su lenguaje habitual no aparece ni siquiera en el resumen de Proclo (Introd. pp. XXIV- XXV).

Sin duda, estos casos no constituyen pruebas irrefutables. Pero, como bien sostiene Henry, si Photius, que se ciñe a las obras de consulta al extremo de absorber el estilo y el vocabulario de sus autores, llegado el caso reconoce que "no sabe" es porque tiene el hábito de la precisión. Y nosotros deberíamos admitir estas aseveraciones como garantías de su probidad intelectual.

Quisiéramos finalizar resaltando la enorme significación que tiene para nuestro medio el poder contar con esta verdadera joya de la época bizantina, considerada "la obra más importante de la historia literaria de la Edad Media", en cuyas páginas encontraremos, quizás, la única referencia que nos queda para tantas obras perdidas de la literatura griega.

Ximena Ponce de León
Universidad Metropolitana
Universidad de Chile